

ÉTICA

El término Ética se deriva del griego *ethos* y significa costumbre y morada. Con él se referían, por una parte, a la conducta habitual de las personas de un determinado grupo y por otra, al lugar o país en el que habitaban. El término pasó a designar el carácter o modo habitual de comportarse un ser humano.

Ética y moral, en su sentido tradicional, constituyan una misma ciencia. Actualmente, son nociones distintas.

La moral conserva más su significado primigenio: refiere al conjunto de valores, intereses y motivaciones que regulan el comportamiento de un individuo. Si alguien está desanimado, decimos que está "desmoralizado". Si alguien no tiene buenos valores, decimos que es "inmoral".

La ética, por otra parte, es la rama de la filosofía que estudia las teorías, leyes y consideraciones relacionadas con el comportamiento moral. Entre otras cosas, la ética analiza la consistencia de la moral individual (que no haya contradicción entre los valores y comportamientos de un individuo).

La reflexión ética acerca de la moral comienza a cobrar importancia en la Atenas de Pericles, en el contexto de un sistema democrático de tipo asambleario.

El relativismo moral de los Sofistas

Los sofistas eran extranjeros (metecos) instalados en Atenas que se dedicaban a la enseñanza retribuida de la retórica y la oratoria. Son recordados por haber promovido un uso más interesado del lenguaje: no para hallar la verdad, sino para persuadir a nuestro oponente.

El intercambio cultural entre las Polis pone en evidencia la falta de consenso en la pregunta por la physis. La filosofía deja de lado su dimensión especulativa y se centra en cuestiones más prácticas: la ética y la política. En resumen, un rasgo fundamental de la sofística es el pragmatismo.

A raíz de esto, los sofistas critican la noción de aletheia (verdad como desocultamiento). No hay ninguna verdad universal oculta, todo está sujeto a la subjetividad. Esta postura echa por tierra la consideración universal de valores como "lo bueno" y "lo justo": todo es relativo.

Crítica al nomos (la ley jurídica): los sofistas consideran que esta no se apoya en la naturaleza. Al igual que los valores y la verdad, las leyes no son expresión de una "ley natural universal": son fruto del consenso. Son muy críticos con la constitución y los imperativos legales: consideran que son un instrumento para preservar el status quo.

La única Ley Natural que cabe tener en cuenta: debemos actuar buscando lo que es provechoso y útil para nosotros mismos. Las leyes funcionan, pues, en la medida que sean útiles y nos beneficien.

Protágoras: el primer sofista. Pertenece a lo que se llama "sofística moderada": cuando habla de lo provechoso o lo conveniente, antepone el interés de la Polis al interés particular del individuo. Además, considera que sí hay algo que es constante y estable: el ser humano, como referencia absoluta. En esto consiste su teoría de la "homomensura": el hombre es la medida de todas las cosas. Sin embargo, concibe al ser humano como inmerso en una sociedad y considera que los intereses individuales se subordinan al bien común, por ende, el bien y el mal son relativos al interés general de la Polis.

Antifonte: pertenece a la segunda sofística, también llamada "sofística radical". Estos sofistas eran marcadamente individualistas. Para ellos, no tiene sentido plantearse la búsqueda del bien común a través de leyes que regulen el funcionamiento de la Polis: consideran que hay una

oposición radical entre naturaleza y cultura, y que las leyes van totalmente en contra de la naturaleza humana, por lo que de ningún modo nos pueden resultar útiles o provechosas (cabe decir que estos sofistas vivieron una época de decadencia cultural de Atenas tras la guerra del Peloponeso).

Para Antifonte, el bien y el mal son sólo relativos a la conveniencia de cada individuo: algo es bueno si me beneficia a mí (en esto consiste la ley natural). De modo que si las leyes civiles nos perjudican, sería mejor transgredirlas. Antifonte decía que si infringimos una norma civil y nadie nos ve, quedamos totalmente impunes de vergüenza, culpa o castigo. Sin embargo, si actuamos en contra de nuestros intereses, siempre sufriremos las consecuencias.

El universalismo moral de Sócrates

Sócrates nació en Atenas en 470 a. C. No dejó nada escrito, de modo que todo lo que sabemos de él nos ha llegado a través de otros, especialmente a través de Platón, su mejor discípulo. Mediante el diálogo como método, se dedicó a la enseñanza, especialmente en el ámbito ético.

A menudo se le considera un sofista un tanto peculiar. Al igual que los sofistas, se ocupó de las cosas humanas, de la Polis, de sus costumbres, de las virtudes. Al igual que ellos, utilizaba la palabra como instrumento básico de educación y reflexión (enseñaba retórica). La diferencia fundamental es que para Sócrates la palabra no sirve para persuadir, sino para comunicar la verdad. Para él, el diálogo no sirve para convencer a nuestro oponente de cualquier cosa (por falsa o incierta que sea), sino para indagar acerca de la verdad.

Sócrates estaba convencido de que cualquier persona, bien orientada, podía llegar a conocer la verdad, puesto que esta se encuentra dentro de nosotros. Por tal motivo hacía preguntas a la gente y dialogaba con ella. Ese diálogo era el método filosófico al que denominaba mayéutica (del griego *maīa* que significa “comadrona”), y consistía en, por así decirlo, “dar a luz” la verdad que nuestros prejuicios nos impedían ver.

En relación a los valores morales, estos no son relativos al interés general de la polis ni mucho menos al interés particular de sus individuos: hay una única verdad o esencia acerca del “bien”, la “justicia” y la “felicidad”, y es universal: objetiva e independiente de nuestras opiniones y conveniencias. Para Sócrates hallar la verdad es dar la definición de un concepto (la verdad a través de la palabra): conocemos la verdad sobre algo si lo sabemos definir.

La ética socrática, al igual que la de la mayoría de los filósofos posteriores hasta el final de la Antigüedad, es una ética eudemónica, según la cual el fin último para todo ser humano es la felicidad (*eudaimonía*), es decir: todas nuestras acciones se concentran en perseguir un objetivo final, que es ser felices. Y para Sócrates, no hay mayor felicidad que la de conocer la verdad y actuar conforme a ella. En esto consiste la virtud (*areté*).

En consonancia con estas ideas, Sócrates defendió una postura ética denominada intelectualismo moral. Conocer la verdad implica necesariamente actuar conforme a ella, y es la verdad lo que nos hace felices. Por ejemplo: seremos felices si conocemos la justicia (su definición) y por ende, somos justos. No es posible que alguien actúe intencionadamente contra la virtud. Quien obra mal, lo hace por ignorancia.

Aristóteles: voluntarismo moral y ética de la virtud

Para Aristóteles, cuya postura también se engloba dentro de las éticas eudemónicas, no existe ese paralelismo entre sabiduría y moral.

Desde un punto de vista antropológico, tenemos tres tipos de alma: el alma vegetativa, el alma sensitiva y el alma racional (esta última es exclusiva de los seres humanos). El alma racional tiene dos funciones distintas e independientes: la inteligencia y la voluntad. Desde este punto de

vista, no hace el bien quien sabe, sino quien quiere: la voluntad es la capacidad de determinar nuestros propios actos, la capacidad de “querer”. Esta postura recibe el nombre de voluntarismo moral.

Al igual que hay talentos que dependen de la inteligencia, la voluntad tiene los suyos propios, estos son: las virtudes (areté). Según Aristóteles la felicidad se alcanza mediante la práctica de las virtudes. A grandes rasgos, la virtud consiste en la medida, en la prudencia, en el equilibrio entre actitudes extremas. Dicho de otro modo: la virtud es el justo medio entre dos extremos o “vicios”. Algunos ejemplos: la valentía como justo medio entre la cobardía y la temeridad, el ingenio como justo medio entre ser aburrido y ser un bufón, y la paciencia como justo medio entre ser pusilánime y ser colérico.

La ética en la época helenística: epicureísmo y estoicismo

Quizás uno de los factores que más influyeron en esta nueva orientación de la filosofía, que se extiende hasta el siglo II después de Cristo, se deba a la grave crisis histórica y social del mundo griego, propiciada por la aparición de los grandes imperios —el de Alejandro Magno y el romano—, que hace que las *pólis* griegas pierdan el protagonismo y sucumban ante el desconcierto social. Al derrumbarse las convicciones culturales compartidas sobre política y religión, se buscan nuevas seguridades para poder vivir con tranquilidad y con paz. Por eso, las filosofías helenistas de índole moral son, en cierto modo, filosofías de «repliegue», defensivas. **Sabio** se considera ahora al que sabe vivir bien, es decir, en equilibrio, en paz, con una dosis de placer moderado.

Tres son las escuelas filosóficas morales que destacan: **estoica, epicúrea y escéptica**. Para estoicos y epicúreos el sabio será quien vive de acuerdo con su naturaleza. Los escépticos, por su parte, identifican la sabiduría que lleva a la felicidad con la negación de todo conocimiento, de toda doctrina o convicción. En todo caso, en algo coinciden: el fin de toda ética y de todo saber es conseguir la felicidad. Y ésta es la función básica del filosofar.

• Epicureísmo

El epicureísmo es una corriente filosófica inspirada en los cirenaicos, cuyos principales representantes son Epicuro (III a. C.) y Lucrecio (I a. C.). Dividen la filosofía en *canónica, física y ética*, aunque todo saber está subordinado a esta última, porque el fin de todo conocimiento es la búsqueda de la felicidad. En este sentido, proponen estos pensadores una ética **hedonista**, pues entiende la felicidad como placer. Pero no se trata de buscar cualquier tipo de placer y sin límite. Se busca el placer con dos condiciones: son preferibles los placeres espirituales a los corporales y debe buscarse el placer hasta el límite donde surge el dolor. Y es que Epicuro hacía radicar el máximo placer en la *ataraxía*, que consiste en la ausencia de perturbación anímica, es decir, estar sin pasiones que desequilibren y hagan sufrir al alma. Y esto no puede ocurrir sin una buena dosis de autodominio y lucha interior, es decir, de *áskesis*.

El placer, por tanto, debe ser racionalizado e implica autodominio. Dice Epicuro: «Ni banquetes ni juergas constantes producen la felicidad, sino el sobrio cálculo que investiga las causas de toda elección o rechazo y elimina las falsas opiniones de las que proceden las pasiones que se apoderan del alma». El sabio para los epicúreos será aquel que logre la *autarquía*, el *autogobierno*, el ser dueño de sí.

La **canónica** estudiaba las normas para discernir lo verdadero de lo falso, para lo que utilizaban, como criterios de evidencia, la sensación, los recuerdos y los estados afectivos de placer y dolor. En este sentido son **sensualistas**.

La física pretende conocer la naturaleza de las cosas, para lo cual adoptan el modelo atomista, de carácter materialista y mecanicista. Para los epicúreos, el conocimiento de la naturaleza elimina tres temores: el temor a los dioses (pues ya no son necesarios para explicar la realidad física), el destino (pues son los choques al azar de los átomos los que producen los fenómenos), y la muerte (que no es más que disgregación de átomos).

• Estoicismo

Fue fundado por Zenón de Citio (Chipre) en el siglo IV a. C., y sus principales figuras son Crisipo (III a. C.), Panecio y Posidonio (II a. C.), Séneca (I d. C.), Epicteto (I-II d. C.) y Marco Aurelio (II d. C.). Dividen los saberes en lógica, física y ética, aunque todos están subordinados a la ética, pues también para los estoicos el fin de la vida humana es la felicidad, que se consigue mediante una vida virtuosa.

La felicidad consiste en un tipo de vida conforme a la naturaleza humana, que es racional. Para los estoicos, todo está predeterminado por una **Razón universal** o **Lógos** que cuida providentemente de todo lo que existe. En conocer nuestra naturaleza y obedecer a esta Razón universal radica la libertad para el ser humano. Ser libre es conocer la necesidad establecida por el *Lógos*. Para ello se ha de obrar virtuosamente.

Para los estoicos, el sabio es quien se procura la paz interior mediante la ~~la felicidad~~ sibilidad frente al sufrimiento y a las opiniones de los demás. Por eso, su temor moral era «soporta y abstente», es decir, soportar con firmeza y buen ánimo las dificultades, y abstenerse con fortaleza de tener deseos, para así evitar el sufrimiento. De esta manera, viviendo con austeridad y sobriedad, con una vida virtuosa, se logra la imperturbabilidad de ánimo (*ataraxía*) y la ausencia de pasiones, la apatía (*apátheia*), lo que implica la auténtica autonomía moral.

Los estoicos tenían de la lógica un concepto muy amplio, pues abarcaba la retórica (arte del hablar bien y persuasivamente) y la dialéctica (arte de pensar rectamente). Su física era materialista, de inspiración heraclítea; concebían el *Lógos* como el principio activo que ordena y rige toda la materia.

Agustín de Hipona: ética y cristianismo

La filosofía medieval se caracteriza en cierta medida por la subordinación de la razón a la fe, esta última, como vía de conocimiento más elevada y que nos acerca a las verdades de naturaleza divina. La filosofía está al servicio de la teología.

Agustín de Hipona nace en el siglo IV d. C., época de consolidación de la Iglesia. Recibe influencia de Sócrates (la verdad se encuentra dentro de nosotros) y del gnosticismo (la materia representa lo impuro, y huir de lo material es la vía para alcanzar la salvación).

En ética, Agustín de Hipona defiende la distinción entre libertad y libre albedrío. Si bien la libertad consiste en obrar en vistas a la salvación, es decir, estar libre de pecado y actuar conforme a la voluntad de Dios; el libre albedrío es la condición que nos permite escoger entre el bien y el mal. Agustín se opone al maniqueísmo al considerar que el mal no es más que la carencia o ausencia de bien (el mal no es un afecto, sino un defecto).

Así pues, distingue tres tipos de mal: el mal físico (por ejemplo, un dolor), el mal moral (constituye pecado y se debe al mal uso del libre albedrío) y el mal metafísico (por falta de bien en el mundo).



En política, nos encontramos en una época convulsa debido a la presión de los bárbaros. Agustín defiende la paz porque concibe que la guerra destruye el bien. Sin embargo, hay ocasiones en las que es lícito hacer la guerra: para frenar la expansión de un mal mayor. Defiende la doctrina del **cesaropapismo**: la vinculación entre Iglesia y Estado, que se convertirá en el signo de los tiempos y permanecerá intacta hasta la modernidad, siendo el Papa la máxima autoridad política.

De sus obras destaca *La ciudad de Dios*, en materia de filosofía de la historia. En ella compara dos ciudades: **la ciudad de Dios**, exemplificada por Jerusalén, y **la ciudad terrenal**, exemplificada por Babilonia. En la ciudad terrenal, los seres humanos son egoístas y envidiosos, y apenas cultivan el amor propio y el culto a lo material. En la ciudad de Dios, los seres humanos son altruistas y austeros, no viven cegados por sus posesiones materiales, y cultivan el amor a Dios, que bien podría identificarse con la búsqueda del bien común defendida por los griegos.

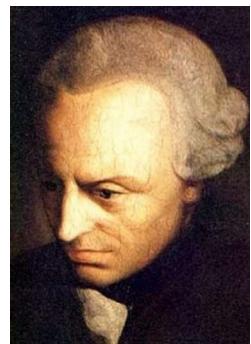
Ética en la Modernidad: racionalismo y empirismo

Racionalismo: Baruch Spinoza	Empirismo: David Hume
<p>Racionalismo: corriente de pensamiento nacida en el siglo XVII en Europa continental caracterizada por la plena <u>confianza en la razón</u> humana y el innatismo (todo conocimiento, incluido el empírico, se basa en ideas innatas, preexistentes en el pensamiento).</p> <p> Una de las obras más destacadas de Spinoza (racionalista nacido en Países Bajos) es la <i>Ética demostrada según el método geométrico</i>. En ella expresa su influencia estoica: dejarnos llevar por nuestra sensibilidad, es decir, dejarnos gobernar por la mecánica de los afectos; nos convierte en bestias, en autómatas.</p> <p>La libertad, para Spinoza, no es libertad de elección, sino que consiste en <u>racionalizar nuestra conducta</u> por medio del conocimiento de las causas que nos empujan a actuar. Por así decirlo, somos libres cuando nos anticipamos racionalmente a nuestras emociones y, de algún modo, las neutralizamos. Si la libertad tiene que ver con el conocimiento la realidad, y habiendo una única realidad, es evidente que ser libres nos hace iguales: pensamos igual, actuamos igual.</p>	<p>Empirismo: corriente de pensamiento que nace en Inglaterra en la misma época que el racionalismo y que se caracteriza por la <u>defensa de la sensibilidad</u> como base del conocimiento y la carencia de ideas innatas (al nacer somos como una hoja en blanco).</p> <p> Hume desarrolla su teoría del emotivismo moral según la cual, la moral no puede basarse en el conocimiento del mundo porque no existen los "hechos morales": las normas morales que hemos interiorizado, por muy evidentes que parezcan, no son más que el fruto de la tradición y la costumbre.</p> <p>Creer que existen los hechos morales supone caer en lo que él llama "falacia naturalista": confundir "lo que es" (lo que hay) con "lo que debe ser", e interpretar que lo que hay es así "por naturaleza".</p> <p>Un ejemplo de falacia naturalista: el matrimonio <u>debe ser</u> siempre entre un hombre y una mujer porque desde siempre <u>ha sido</u> así y <u>por lo tanto es lo natural</u>.</p> <p>Ya que no hay hechos morales susceptibles de ser conocidos, la moral no se asienta en la</p>

<p>El racionalismo moral en meta-ética es la doctrina que defiende que la moral depende del conocimiento del mundo, es decir, de creencias acerca de cómo es de facto el mundo. Desde esta perspectiva, actuar bien consiste en ajustarnos a unas condiciones dadas.</p> <p>Dirección de ajuste: el sujeto de la acción moral debe ajustarse al mundo.</p>	<p>razón, sino en la sensibilidad: son los sentimientos lo que realmente empujan a obrar bien. Es el sentimiento moral lo que nos lleva a aceptar unos comportamientos y desaprobar otros.</p> <p>El volitivismo moral en meta-ética es la doctrina que defiende que la moral depende de la voluntad, es decir, de deseos acerca de cómo nos gustaría que fuese el mundo. Para los empiristas ni vivimos en el mejor de los mundos posibles, ni en el mundo está todo determinado: existe la libertad en el pleno sentido del término, y por lo tanto, actuar bien consiste en transformar la realidad favorablemente.</p> <p>Dirección de ajuste: el mundo debe ajustarse a la voluntad del sujeto de la acción moral.</p>
--	--

Kant y el formalismo moral

Kant escribe su obra en el contexto del fin de la Modernidad, en la época de la Ilustración. En ética, destaca por su fuerte consideración del deber moral: para él, nuestras acciones son buenas si se definen por el reconocimiento del deber, y no por las consecuencias esperadas. Es decir, en ética importan menos los hechos que las intenciones. Hay acciones que son buenas en sí mismas aunque no sirvan para nada: aquellas que hacemos por el simple hecho de creer que es lo correcto.



Ética material y ética formal

Una ética es **material** cuando sus imperativos nos dicen qué tenemos que hacer (**la norma** que hay que seguir) y qué **fin** obtendremos si actuamos de ese modo. Un ejemplo: "Si quieres ser **feliz** -fin- entonces debes elegir siempre el **término medio** -norma-".

Todas **las éticas anteriores** a Kant son "**materiales**". Kant considera que fueron **incapaces de fundar deberes universales**. Están relacionadas con las distintas sociedades y culturas y por tanto no son universales. Son éticas propias de "menores de edad" que obedecen a una autoridad.

Las éticas materiales se basan en los medios para llegar al bien (identificado con algo externo a la moral), no en el verdadero, fin que es el deber. Toda la ética griega, debido a su carácter eudemonista, versa sobre imperativos hipotéticos. La acción moral en el contexto del cristianismo consiste en obrar con vistas a la salvación. **No debemos actuar para conseguir la felicidad, sino que debemos actuar únicamente por puro deber**. Y, al actuar por puro deber, el hombre se vuelve "digno" de felicidad.

La ética **formal** no contiene imperativos materiales que digan lo que hay que hacer. Presupone al ser humano como un ser con **agencia moral**: capacidad para determinar sus actos y que tales puedan ser evaluados desde un punto de vista moral –como buenos o malos-. Es propia del “mayor de edad”, da autonomía moral, porque se elige por decisión propia, en libertad, sin coacción. Defiende la **autonomía de la voluntad**. En el ámbito moral soy yo - mi voluntad- quien decide qué máxima debo seguir (aplicando el imperativo categórico).

El imperativo categórico

Según Kant solo puede haber un imperativo categórico y su formulación más adecuada es la siguiente: “**Actúa de modo que la máxima de tu voluntad tenga siempre validez, al mismo tiempo, como principio de una legislación universal.**”. Es decir, que tu máxima (subjetiva) se convierta en ley universal (objetiva). Dicha fórmula pone en evidencia la pura forma de la ley moral.

Este único imperativo, esta única ley se llama **IMPERATIVO CATEGÓRICO** o ley moral: se fija en la forma o intención de la acción, no en el resultado, y limita la conducta al cumplimiento del deber por respeto al mismo, **SIN INTERÉS** interno o externo.

Ética deontológica: el deber por el deber

A través del imperativo categórico somos capaces de reconocer “**el deber**”: tenemos la **obligación moral** de actuar de tal modo que las normas que rigen nuestras acciones pudieran ser universales (que todo el mundo actuase del mismo modo en una situación similar). Es decir, tenemos el deber de actuar como nos gustaría que actuase todo el mundo. Debemos tratar a los demás como fines, como nos gustaría ser tratados (y no como medios para alcanzar un fin ulterior).

Para Kant, la facultad humana más relevante de cara a la moral es la **razón**, pues tenemos agencia moral en virtud de ser seres racionales. Otros seres como los niños pequeños o los animales no son agentes morales, pero sí son “receptores de valor”, por eso deberíamos tratarlos como fines (no tienen raciocinio como para ser responsabilizados por sus acciones, pero tienen la capacidad de sentir, así que hay que tratarlos bien).

En relación con el deber, Kant distingue tres tipos de acción:

La acción **contra el deber**: ignoramos conscientemente el deber para actuar de acuerdo con nuestros intereses. Actuar de esta manera es **inmoral**.

La acción **conforme al deber**: actuamos correctamente porque esperamos a cambio una retribución. Por ejemplo hacer una labor social para salir en la tele o portarse bien para ir al cielo. En estas acciones el deber es un **medio** para obtener otro fin. Actuar de esta manera, aunque desde fuera parece correcto, es **amoral** (no se puede decir que sea malo ni tampoco bueno).

La acción **por deber**: actuamos movidos únicamente por el reconocimiento del deber, sin esperar ninguna retribución, es decir, es actuar de forma totalmente desinteresada y por una motivación moral pura. En estas acciones el deber es un **fin** en sí mismo, como diría Kant, es “**el deber por el deber**”. Estas acciones valen por sí mismas por el simple hecho de ser bien intencionadas. Actuar de esta manera es **moral**.

Los tres postulados de la razón práctica

Para ser considerado como sujeto de la acción moral, a nivel psicológico, hace falta tener **uso de razón** y actuar guiado por una **voluntad autónoma**. Además, dice Kant, que a nivel **ontológico**, hay unos ciertos requisitos o **condiciones de posibilidad** para que tenga lugar la acción moral. A estas condiciones de posibilidad Kant las llama **postulados**: creencias no demostrables en las cuales se fundamenta la moral. Tenemos que suponerlas necesariamente

para que la acción moral tenga sentido. Son las siguientes: la libertad, la inmortalidad del alma y la existencia de Dios.

LA LIBERTAD: es condición para la voluntad autónoma, es decir, no somos dueños de nuestras acciones si todo está determinado. Para que sea posible la acción moral tenemos que vivir en un mundo en el que existe la libertad, y por ende, la capacidad de elegir. Si no hay libertad, tampoco se nos podría responsabilizar por nuestras acciones.

[No se puede demostrar que en el mundo exista la libertad (como creen los volitivistas) ni que en el universo todo esté determinado (racionalistas, mecanicistas), pero sólo si creemos en la libertad tiene sentido realmente procurar hacer el bien]

LA INMORTALIDAD DEL ALMA: como decíamos, para Kant valen más las intenciones y las buenas acciones en sí mismas; que sus consecuencias, es decir, los hechos que acarrean. Podría ocurrir que alguien que actúa siempre movido por el deber y con intenciones puras, no consiguiese nunca nada bueno, nunca viese realizadas sus buenas intenciones. En una existencia tan breve y limitada como la nuestra, nos morimos sin alcanzar la virtud.

Por eso para Kant es necesario creer en la inmortalidad del alma para que tales acciones nos trasciendan y tengan sentido: el bien que implica actuar por deber se realiza plenamente después de nuestra muerte, y es entonces cuando nuestra alma alcanza esa virtud.

La inmortalidad del alma es necesaria para que actuar sólo por deber (y sin barajar posibles consecuencias) tenga sentido.

LA EXISTENCIA DE DIOS: no sólo no deberíamos, según Kant, actuar en vistas a la felicidad como fin último; sino que ocurre a menudo que actuar por deber acarrea una gran infelicidad (nos privamos de lo que nos apetece, nuestras buenas intenciones caen en saco roto, etc.). Puede darse el caso de que nunca nadie reconozca nuestras buenas acciones.

En este sentido, Dios actúa como observador: aunque nuestras acciones parezcan inútiles, son valiosas para él. Asimismo, actúa como garante de la unión entre virtud y felicidad: la persona virtuosa renuncia a la felicidad pero se hace digna de ella y Dios lo garantiza.

Nosotros tenemos la obligación moral de actuar por deber, y Dios garantiza que las cosas sean como deben ser.

La ética utilitarista

En su obra de madurez *El utilitarismo*, expone Mill su ética. Inspirándose directamente en Bentham, afirma que se fundamenta en el «principio de utilidad», y sostiene, como tesis central de la obra, que el fundamento de la moral es «la utilidad o principio de mayor felicidad». Dicho principio consiste en proponer que «las acciones son buenas en función de la felicidad que proporcionan y malas si tienden a producir lo contrario. Por felicidad se entiende el placer o la ausencia de sufrimiento; por desdicha, sufrimiento o ausencia de felicidad».

A

La felicidad individual como criterio moral

Formula Stuart Mill una moral de **móviles**: lo que define el acto moral son las consecuencias subjetivas que produce, placer o dolor. Y lo definen porque el placer y la ausencia de dolor son los fines últimos de toda actuación, pues se identifican con la felicidad.

Pero en esto Mill va más allá de Bentham, ya que no se trata de una mayor cantidad de placer, sino, sobre todo, de conseguir una mayor «calidad» de placeres. En este sentido, son preferibles los placeres espirituales a los corporales y, en general, son preferibles aquellos placeres que hacen más plena y noble a la persona.

Esto introduce otra novedad respecto de Bentham: tener en cuenta como criterio para definir el placer la propia naturaleza humana. Por eso dirá que «es mejor ser una persona insatisfecha que un cerdo satisfecho». La perfección y progreso de la persona es el criterio objetivo de moralidad.

Pero, a su vez, el criterio subjetivo de moralidad, el modo que tiene la persona de tomar conciencia de la moralidad de la acción, se encuentra en el «principio de utilidad». Respecto del fundamento del principio de utilidad como clave y criterio moral, señala Mill que no necesita, pues es una experiencia universal: es evidente para todo el mundo. Al igual que Aristóteles, proclama que toda persona desea la felicidad como fin de su vida.

B

La utilidad social: el mayor bien para la mayoría

Para Mill la felicidad no es sólo la utilidad personal, sino que debe incluir la social. Dado que el ser humano es social, sólo podrá estar un individuo feliz si lo están todos los demás. Por eso es importante educar los sentimientos altruistas. Ésta será la base del reformismo político que propondrá Mill y que él mismo impulsó desde la Cámara de los Comunes en la política activa.

En este sentido, el utilitarismo de Mill no se presenta como opuesto a otras doctrinas morales, sino que asume sus principales conceptos desde sus propios supuestos. Veamos cómo:

- La justicia** es fruto del sentimiento que produce la utilidad común.
- La virtud** es tomada como el hábito de comportamiento que se constituye como medio para conseguir el placer y evitar el sufrimiento. Tiene, pues, un papel instrumental, aunque, dada la importancia de una vida virtuosa para conseguir la felicidad, se ha terminado tomando como valiosa por sí misma.
- El deber moral** no es sino el fruto de diversos sentimientos (de simpatía o antipatía) que impulsan a la persona a realizar o no realizar ciertos actos en función de su utilidad personal o colectiva.
- El ascetismo o el sacrificio** consiste en renunciar al bienestar personal a favor del bienestar colectivo.

En definitiva, lo que pretende mostrar Mill, saliendo así al paso de las críticas que por aquel entonces se le solían hacer a Bentham, es que el utilitarismo no es una ética basada en el egoísmo o un hedonismo vulgar. Por el contrario, la medida de la felicidad viene dada por la mayor felicidad para la mayoría de la humanidad. Lo conveniente y lo útil lo es para la mayoría. Y lo es con objeto de su ennoblecimiento, de la formación de su carácter moral. De esta manera, desde dentro del propio utilitarismo, supera Mill a Bentham y se acerca a Aristóteles.

«No existe ninguna teoría conocida de la vida epicúrea que no asigne a los placeres del intelecto, de los sentimientos y de la imaginación, y de los sentimientos morales, un valor mucho más elevado en cuanto placeres que a los de la pura sensación.

Debe admitirse, sin embargo, que los utilitaristas, en general, han basado la superioridad de los placeres mentales sobre los corporales, principalmente, en la

mayor persistencia, seguridad, menos costo, etc., de los primeros, es decir, en sus ventajas circunstanciales más que en su naturaleza intrínseca.

Pero es de todo compatible con el principio de utilidad el reconocer el hecho de que algunos tipos de placer son más deseables y valiosos que otros.»

MILL: *El utilitarismo*, II. Alianza, Madrid, 1984, pp. 47-48.